

# GOTAS EN EL TECHO

Elizabeth Leguizamó

DOSSIER: ROCK

42

**S**e le había visto entrar antes a La Caverna, pero nunca tan temprano. La expresión de su rostro no sugería la espera; más bien podría decirse, aunque hubiera ocupado una mesa para dos, que había decidido tener una de esas citas en las que una persona suele llevarse a sí misma como única compañía. Ésas en las que, a pequeños sorbos, intenta penetrar en sus entrañas para obligar al espíritu a confesar sus penas.

El mesero le sirvió un trago y, después de colocarlo sobre el tabletero, asintió con la cabeza, luego se retiró. El hombre pasó los dedos por la base de la copa, alzó un poco el rostro y dirigió una mirada a los músicos que apenas comenzaban a afinar los instrumentos.

Afuera, la tarde caía en sombras; los nubarrones oscuros y pesados del sudoeste se acercaban sin prisa; una ráfaga húmeda se colaba por la puerta de la entrada y parecía empujar el tránsito de ausencias en dirección a la escalera. Un viento viejo. Porque los vientos suelen dar la vuelta al mundo y toparse con las mismas caras ya envejecidas, o con los pasillos de bares y callejones gastados por la soledad o el abandono de los caminantes.

En otro tiempo, a esa misma hora, las puertas se abarrotaban de gente; pero hoy fue la excepción, y él lo sabía. Era posible notar en sus ojos el brillo apagado de quien ha esperado lo suficiente. Ese débil centelleo de que buscó algo y preguntó por ello mil veces sin recibir respuesta.

Tomó su copa y la bebió hasta el fondo. Al levantarla, unos anillos dorados relucieron en los dedos de su mano derecha. Sólo él sabía cuántas veces, en lugares distintos y muy lejanos, aquellos anillos ciñeron sus

dedos. Ahora se había fundido y marchitado con ellos, como símbolo de los estragos que hace el tiempo en la piel y en el metal.

El mesero se acercó de pronto y dejó sobre la mesa un cigarrillo que el hombre encendió. El humo del tabaco trajo viejas imágenes a su mente: la gente que se alzaba en un estruendo; una batería y algunos instrumentos de cuerda tocando al unísono; cuatro voces jóvenes echándose el mundo al bolsillo y guardándose también la entrada a los paraísos alucinógenos.

Habían sido buenos tiempos, pero no quedaba ahora sino la existencia marchita de los recuerdos, porque las voces se perdieron como aquel submarino amarillo. El viento las arrastró hacia la costa y se las llevó mar adentro. Fue una especie de renuncia para no ausentarse totalmente, pues de haberlo realizado, hubieran perdido el derecho a ser buscadas. A veces, el océano suele ser un inmenso sepulcro del pasado.

Dio un suspiro y levantó la cabeza como quien clama al cielo por la lluvia. Estuvo ahí muchas veces, había sentido el calor humano vaporizar el espacio y convertirse en agua que goteaba sobre las cabezas sudorosas, todo por la euforia de la multitud. Pero esa tarde vacía, le recordaba más a la última vez que él y sus amigos tocaron en ese bar de Liverpool.

Sin embargo, no era de noche. No era hora de ahogarse en silencio, ni en polvo, ni en las mesas percutidas por el abandono y por las manchas viejas de vino. Pero el ayer, que a partir de cierto tiempo se declara dueño de todo, se llevó también los ecos vagabundos y llenó el recinto de nostalgia, el hombre se percató de ello. Ya no había gotas en el techo que resbalaran por las paredes como en otros días.

Dio la última calada al cigarrillo y pidió otro trago. Iba a tomarlo cuando, a través de una diminuta grieta en el techo, una gota resbaló, le cayó en la frente y se deslizó por el dorso de su nariz hasta caer sobre la mesa. Es muy poco probable que el suceso le hubiera molestado, pero tal vez le recordó la prioridad de alguna diligencia, porque en vez de beber el vino, se quitó de la mano los anillos que llevaba puestos y los dejó caer dentro de la copa. El contacto del metal con el vidrio produjo un débil tintineo que se vio ahogado al momento.

Se puso de pie. Las comisuras de sus labios tenían esa bondad cansada de los que fueron felices a ratos, pero durante toda su vida. Las paredes reaccionaron al eco de sus pasos y se le vio descender por la escalera. Afuera llovía. Los músicos comenzaban a tocar.



Beatriz Reyes, *Guitarra blanca.*